

El ensayo y el escepticismo moderno

Luis Augusto Mora Bautista
Profesor ocasional UPTC
augustomora526@msn.com

Resumen: Tradicionalmente se ha considerado al ensayo como una forma literaria de difícil definición debido a la diversidad de sus manifestaciones. No se tiene la pretensión de hallar una definición capaz de comprender tal diversidad. Se busca establecer una relación entre algunas de las características del ensayo como forma literaria y algunas de las principales transformaciones que tuvieron lugar con ocasión del proceso conocido usualmente como el 'origen de la modernidad'. Lo anterior, a fin de evidenciar que el ensayo como forma, es el necesario correlato histórico del pensamiento y de la nueva concepción de conocimiento consolidados a través de estos cambios.

Palabras clave: ensayo, modernidad, condición histórica de las formas literarias, escepticismo, método, ciencia.

Abstract: Traditionally it has been considered to 'essay' like a literary form of difficult definition due to the diversity of their manifestations. One does not have the aim of finding a definition able to understand this diversity. It is looked for to establish a relationship among some of the characteristics of the 'essay' like literary form and some of the main transformations that took place with occasion of the usually well-know historical process as the rise of the Modernity. The above-mentioned, in order to evidence that there is a necessary historical correlation among the 'essay' like form and the thought and the new conception of the knowledge consolidated through these changes.

Key words: Modernity, scepticism, essay, historical conditions of de literary forms, method, science.

Introducción

El presente escrito es la primera parte de lo que pretende ser una aproximación histórica al ensayo como forma literaria. En esta parte se estudian las principales determinantes históricas que intervinieron en su consolidación como forma literaria en los comienzos de la modernidad y se trata de establecer cómo sus características literarias responden a las transformaciones que redefinieron el conocimiento en esta época. Una segunda parte buscará aproximarse al desarrollo de esas características mediante un estudio directo de las principales manifestaciones del ensayo entre los siglos XVII y XIX, en especial, en procura de establecer el papel y la significación que este ha tenido para el pensamiento y la cultura hispanoamericana.

Este estudio sobre el ensayo surgió como una investigación preliminar indispensable para la investigación realizada sobre el pensamiento de Carlos Arturo Torres y, en general, para la historia de las ideas en Hispanoamérica, que es el campo de investigación al que se pretende llegar. En el mencionado trabajo sobre Carlos Arturo Torres se hizo evidente, al ordenar cronológicamente su obra, una transformación en el uso de las formas literarias manifiesta en el paso de una primera época caracterizada por la producción poética, hacia una segunda centrada en el artículo periodístico, para finalmente llegar a una madurez expresiva y de pensamiento de producción ensayística. El trabajo mostró cómo este cambio responde a la evolución del pensamiento del autor, en cuanto a las temáticas tratadas y al modo de trabajar en ellas, esto es, que este cambio responde a la transformación en Torres de su concepción del conocimiento y, con ello, a la transformación misma de la condición del intelectual.

Con esto se ha buscado señalar cómo la historia de las ideas responde a un conjunto de circunstancias materiales concretas que determinan las posibilidades del pensamiento y, con ello, establecen la condición del intelectual en la sociedad y en su momento histórico. Este planteamiento se derivó en primera instancia de los hallazgos del historiador Hyden White, quien mostró en su texto *El contenido de la forma*, cómo esta última guarda unos compromisos concretos con la instauración y la transmisión de formas de pensar y de concebir la realidad determinadas, que en su caso particular de estudio corresponde a los compromisos de concepción entrañados por la narración como principal forma de expresión de la historiografía tradicional. En segunda instancia se derivó de las reiteradas y sustentadas manifestaciones de Rafael Gutiérrez Girardot con respecto a la necesidad de superar la usual historia inmanente de la literatura hacia una historia social de la misma que, a su vez, permita convertir a las distintas manifestaciones literarias en un testimonio de los procesos históricos y sociales. De esta manera, se hizo necesaria la determinación histórica de las características formales del ensayo y, a su vez, se evidenció la manera en que estas características materializan las posibilidades históricas del pensamiento, del conocimiento y de la expresión.

El ensayo y la modernidad

El ensayo es quizá la forma literaria primordial de expresión del pensamiento propio de la modernidad. Muy comúnmente, en los estudios y consideraciones que se hacen sobre el ensayo, se encuentra el planteamiento que le atribuye antecedentes en la literatura clásica griega y romana. Lo cierto es que muchos de sus temas y algunas de sus maneras de tratarlos, es posible encontrarlos en producciones propias de la antigüedad como los diálogos platónicos, las *Vidas Paralelas* y los escritos morales de Plutarco, las distintas colecciones de aforismos y sentencias sobre determinadas cuestiones, especialmente morales, en muchos de los estudios de Cicerón sobre asuntos particulares y, aún, hay quienes rastrean sus parentescos con algunos de los libros del Antiguo Testamento.

Pero lo cierto es que sólo en la modernidad las diversas y dispersas características de esos escritos se reúnen para darle origen y unidad a esta forma literaria que, además, ha tenido uno de los más prolíficos y complejos desarrollos en sus cuatro siglos de existencia. En su vinculación con el surgimiento y desarrollo de la sociedad burguesa y en la diversidad y grandeza de su producción, el ensayo como forma literaria es comparable sólo con la novela, la otra gran manifestación de la prosa moderna.

Para no permanecer en el puro ámbito de las afirmaciones, es indispensable una referencia, aunque sea mínima, a algunos de los momentos y procesos a través de los cuales se ha consolidado el ensayo.

En primera instancia es indispensable recordar que el surgimiento del ensayo está vinculado a la obra de tres de los pensadores usualmente reconocidos como pioneros de la modernidad: Michel de Montaigne (1533-1592), Francis Bacon (1561-1626) y René Descartes (1596-1650). De los tres, Montaigne es el menos conocido, mientras que Bacon y Descartes poseen un reconocido lugar en la consolidación del pensamiento del mundo moderno, gracias a su contribución en la novedosa concepción de la ciencia y de la función que esta habría de jugar en el desarrollo del conocimiento. Pero lo que los identifica a los tres, para la historia de las ideas, no es sólo su cercanía temporal; ellos convergen como pensadores por el enorme papel que le otorgaron al escepticismo en sus obras. El escepticismo es el primer momento y el planteamiento definitorio de lo que habrá de ser su propuesta como pensadores, aun cuando la manera de vivenciarlo y tratarlo, así como los resultados que de él obtuvieron, hayan sido algo completamente distinto para cada uno de ellos.

Para el siglo XVI europeo, el escepticismo no representa un resultado lógico obtenido por una escuela filosófica a partir de una determinada concepción de las posibilidades y de los problemas que teóricamente se pueden reconocer al conocimiento humano, como más o menos lo fue para su primera existencia histórico-filosófica, durante la antigüedad en la escuela platónica bajo la dirección de Arcesilao (315-241 a.e.) y de Carnéades (213-129

a.e.). Para el siglo XVI europeo, el escepticismo es un hecho histórico necesario, resultante de la confrontación de la concepción católica del mundo, que ostentaba un dominio cultural y espiritual milenario, con el portentoso movimiento cultural y social que se denomina Renacimiento, con el mundo puesto en evidencia por los descubrimientos geográficos, con los nuevos conocimientos como la concepción copernicana del universo, con el desconocimiento abierto de su autoridad por parte del movimiento reformista y con la novedosa divulgación de todo ello debido a la imprenta. Es, pues, el resultado y el instrumento de una confrontación cultural que hace parte central del complejo proceso histórico, político, social y económico a través del cual se consolidó el orden burgués del mundo. Si se tiene en cuenta que, de una parte, de esta confrontación fue muy poco lo que quedó en pie de la antigua concepción católica de la realidad y, de otra, que ésta había estado dominando más o menos hegemónicamente la manera de pensar de las comunidades de Europa occidental por varios siglos, entonces, es evidente que el escepticismo tenía que ser una condición concreta de la forma de vida en ese momento. El escepticismo no es para estos pensadores, tan sólo un planteamiento filosófico, es una condición y un problema histórico que les es común, y la pertinencia de su pensamiento radica en que fueron capaces de reconocerlo, asumirlo teóricamente y desarrollar conscientemente sus implicaciones.

En 1580, luego de diez años de un retiro voluntario dedicado al estudio y a la reflexión, Michel de Montaigne realiza la primera edición de lo que él mismo denominó de manera novedosa sus *Ensayos*, respondiendo con este nombre a la necesidad de señalar la especificidad de sus escritos. Esta primera edición la conformaban dos volúmenes y estaba precedida por un pequeño escrito a manera de “prólogo” en el cual el autor se dirige al lector y le advierte someramente de algunas de las características de los escritos que tiene en frente y, por tanto, de sus limitaciones. En 1582 se realiza una segunda edición de los *Ensayos* de Montaigne, en todo similar a la primera. En 1588 tiene lugar una tercera edición de la obra, pero ahora aumentada a tres volúmenes. Sobre un ejemplar de esta última edición, Montaigne realizó más de mil adiciones y correcciones y este, a su vez, sería la base de la denominada *Edición de Burdeos*, que vio la luz en 1595 –luego de la muerte del autor– y que estuvo a cargo de Mary Le Jars de Gournay, a quien Montaigne consideraba su “hija de alianza” y quien, de esta manera, legó la edición más acabada y completa de los *Ensayos*, base y referente obligado de las posteriores ediciones de la obra.

Los anteriores datos ponen en evidencia algunas de las condiciones que caracterizarán al ensayo, ya desde su primera manifestación, como una forma de escritura propiamente moderna por cuanto recoge las nuevas determinantes del conocimiento, de su expresión y de su divulgación, haciendo de Montaigne el precursor del género ensayístico, no sólo por haber hecho uso del término francés *essai* para denominarlos, sino, ante todo, por haberle dado muchas de sus condiciones y de sus posibilidades como forma literaria.

Lo primero que es necesario señalar es cómo el género, por sí mismo, implica la perfectibilidad, esto significa que es el correlato necesario del carácter de permanente elaboración y corrección que había adquirido el conocimiento y, con él, la escritura que divulga sus resultados. Perfectibilidad que no es ni puramente retórica ni se señala para que el autor adorne su sabiduría con una apariencia de humildad, sino que recoge dos de los principales distintivos del conocimiento moderno: su condición polémica y su carácter metódico.

El escepticismo no es tan sólo el reconocimiento de que un determinado conocimiento ha devenido falso, sino el reconocimiento en general de la esencial imposibilidad para el saber humano de acceder a la verdad absoluta y, por tanto, de que todas sus formas de conocimiento son parciales y relativas. De esta manera se limita contundentemente y de antemano la pretensión de cualquier concepción o persona a ser el poseedor de “la verdad”. Esto es, que el desconocimiento de la autoridad como fuente del conocimiento y de la verdad que habían llevado a cabo el Renacimiento y la Reforma, desde distintos ámbitos, ahora encuentra, gracias al escepticismo, una base filosófica para la condición relativa del saber.

Esta negación de la autoridad como principio del orden y del conocimiento humano es el espacio esencial de todo humanismo, pues el reconocimiento y engrandecimiento de la dignidad humana, tan apreciada por los renacentistas, sólo es posible en los espacios culturales y sociales donde la sumisión y la ciega obediencia, como únicos modos de construcción de lo comunitario, han sido cuestionadas, y esto rige de manera especial para la posibilidad de pensar por cuenta propia y de expresarse libremente. Así pues, el escepticismo encierra una condición polémica en cuanto es el fundamento filosófico de la impugnación de la autoridad y de la obediencia a ella debida.

Con el escepticismo, el conocimiento conquista su independencia con respecto a la religión y deviene un producto más de la actividad humana, es decir, es desacralizado y, por tanto, relativizado, haciéndose, entonces, algo susceptible de ser reconocido y analizado en los distintos elementos que componen su proceso de generación: asuntos, fines, problemas, facultades, fuentes, modos de uso, etc. Esta posibilidad de reconocimiento y análisis sobre el proceso mismo de conocimiento es la razón de la crítica, esto es, la conciencia de que la condición y validez de todo conocimiento están directamente determinadas por los elementos y procedimientos que intervinieron en su gestación. Este determinarse y comprenderse el conocimiento a sí mismo desde la conciencia de su propia producción, es el punto de partida de su condición metódica en la modernidad y establece de modo inequívoco su relatividad con respecto al método y, en general, a las distintas circunstancias de su generación. Relatividad que en última instancia puede terminar identificándose también con la opinión.

Es importante precisar como se da esta situación en Montaigne. En primer lugar, el autor reconoce que lo que contienen sus escritos no es más nada que su propia opinión. Pero, también sabe que tampoco es menos y que ninguna persona puede legítimamente aspirar a algo distinto. Obra y autor, esto es, el autor y su forma de trabajo, se hacen una sola realidad en el reconocimiento de la opinión; ésta es el gran límite pero, a su vez, es una de las instancias de mayor importancia en la construcción histórica de la persona; es decir, de la individualidad que se configura como tal en el ejercicio y desarrollo de pensar y conocer por cuenta propia su condición y su realidad, y en la capacidad de expresar ésta su pensamiento.

Montaigne en la corta carta al lector, que oficia de prólogo, proclama abiertamente que su obra no contiene nada distinto a sus opiniones; se pinta a sí mismo, sus defectos e imperfecciones, su modo de ser, con el grado de sinceridad que le permite el decoro público: “yo soy el tema de mi libro”. Los procesos de conocer y de darle expresión al pensamiento se muestran como factores decisivos en la gestación histórica de la persona y, sólo por ello, esta última ha podido devenir una temática específica y un resultado necesario de la investigación y de su producción escrita. Al proponer Montaigne su propia persona y la experiencia que la constituye como temática, la convierte en punto de partida indispensable para el conocimiento de la condición humana y de su mundo. Esta propuesta le permite al autor plantear retóricamente que ha sido lo más espontáneo posible y avisarle al lector que, por tanto, “no hay razón para que gaste sus ocios en asunto tan frívolo y vano”. De esta manera la propia existencia personal es objeto de descripción y de análisis y, a través de este ejercicio se accede a una reflexión sobre los factores concretos del conocimiento.

De otra parte, y conforme a lo señalado por Montaigne, este extremo de subjetividad reconocido pone de manifiesto tanto el absoluto grado de arbitrariedad al que se llega partiendo de la opinión, como la imposibilidad de eludirla. Pero la verdad es que espontaneidad y absoluta subjetividad no son más que ficciones literarias en la obra de Montaigne. La persona –antes reconocida como rasgo y elemento esencial del ensayo– haciendo uso de su capacidad de pensar y de expresarse por cuenta propia no es algo espontáneo; al contrario, es quizá un muy raro resultado histórico. Esta persona obliga al reconocimiento de otro de los rasgos decisivos del ensayo tal como se consolidó en Montaigne: la erudición y profundidad de su conocimiento.

En reiteradas ocasiones, a través de sus escritos, Montaigne advierte y expone sobre sus propósitos y sobre los medios utilizados para llevarlos a cabo. Esto implica que ya hay en él una plena conciencia de lo metódico como determinante de aquello que se ofrece como conocimiento, aun cuando no con el privilegiado lugar central ni con la finalidad que tiene en Descartes. Conciencia metódica que, de una parte, no es otra cosa que el resultado del reconocimiento antropológico y psicológico del saber, adelantado por el humanismo, y en el cual, además, fundamenta su escepticismo y la tolerancia por éste

implicada, esto es, la consecuente moderación de las pretensiones de verdad inherentes a toda forma de conocimiento. Conciencia metódica que, de otra parte, al establecer y discutir, cada vez con más precisión, las distintas condiciones de producción del conocimiento, viabiliza la posibilidad de la crítica, es decir, el establecimiento del principio según el cual la validez de un conocimiento está determinada exclusivamente por los medios y los procedimientos a partir de los cuales se generó.

Se pueden clasificar en tres las distintas referencias que hace Montaigne con respecto al origen de los temas considerados y a los conocimientos en que se fundan sus escritos: su experiencia, sus estudios y su reflexión. Entonces, se evidencia que ya no son ni la fe ni la tradición ni la autoridad, las fuentes de las que emanan el conocimiento y los criterios expuestos. Su lugar lo ocupan ahora el estudio de la historia, la literatura y la filosofía¹; el sólido conocimiento del latín²; la renuncia a la carrera política y a la vida pública en procura de un retiro y un encierro para dedicarse al estudio y a la meditación³; la familiaridad con los clásicos griegos y latinos, y la consecuente y sistemática consagración a la formación de su importante biblioteca personal y, además, el criterio personal elaborado con el apoyo de todo lo anterior.

La vastísima cultura que el autor deriva de su admirable formación y de su persistente dedicación a numerosas lecturas, aflora permanentemente en sus escritos bajo la forma de citas. La condición estructurante de esta extraordinaria erudición en los *Ensayos* es tal, que, en principio, estos no pretendían ser otra cosa que un conjunto de reflexiones adelantadas con ocasión de las diversas lecturas, esto es, casi una colección de pasajes literarios comentados. Comentarios que evidenciarían una insoslayable honradez mediante la que se reconocen las deudas de conocimiento y de valores culturales, contraídas con los diversos autores que desde la antigüedad han sido los maestros de la humanidad. Pero, entonces, estos escritos habrían carecido de sus otros dos principales componentes.

De una parte, el que el conocimiento y reconocimiento de los autores tradicionales, no implican que se les admita incondicionalmente tan sólo por ser tales, lo cual no pasaría de ser, entonces, más que otra reificación del concepto de autoridad. El erudito conocimiento

1 Es una constante en las presentaciones de Montaigne señalar a su padre, Pierre Eyquem, como responsable en una buena parte de su notabilísima cultura, pues le inculcó un sólida afición por la historia y la filosofía.

2 Es importante tener en cuenta que uno de los conocimientos más significativos para el humanismo de la época fue el de las lenguas, y con un carácter especial el de las clásicas. De igual manera, no se puede pasar por alto que aun cuando los conocimientos de Montaigne en latín fueron muy amplios y que esta lengua tenía el lugar y el prestigio de ser el vehículo de la cultura oficial, sus *Ensayos* están escritos en francés y son uno de los primeros y principales lugares en que se consolida el francés literario moderno.

3 En 1571 vendió su cargo como consejero en el parlamento de París y se retiró de la vida política, para dedicarse a sus estudios y reflexiones. A pesar de ello tendrá que volver a la vida política luego de que en 1577 fuera nombrado como gentilhombre de la cámara del futuro rey Enrique IV y como caballero de la orden de Saint Michel.

del autor da paso a su detenida meditación y con ello a la selección de lo que ha parecido ser digno de atención y merecedor de crédito, o de observaciones y aclaraciones, dando con ello lugar al criterio propio y acercándose a la posibilidad de pensar por cuenta propia el asunto tratado.

La forja de este erudito criterio propio es la base para que, por otra parte, se le de consistencia y lugar a las ideas propias sobre los diversos asuntos y aspectos de la propia realidad, elemento éste que será el que terminará prevaleciendo en la constitución del ensayo, convirtiendo las citas de otros autores en confirmaciones, ilustraciones u ocasiones de discusión de esas “ideas propias”. De esta manera encuentra sentido la pretensión de Montaigne de que sus ensayos no sean más que una continuación de sus conversaciones usuales, una discusión de sus pareceres con los pareceres de los demás, acerca de los asuntos que les conciernen directamente y que conforman su realidad y su cotidianidad.

Es importante resaltar que estos dos aspectos tratados le dan la genuina condición de ensayos a los escritos, en cuanto este término está vinculado etimológicamente con las acciones de pesar, medir y analizar los minerales, especialmente los metales de oro y plata, a fin de aquilatarlos, de establecer su ley, es decir su consistencia como tal metal, su porcentaje de pureza, con miras a determinar las aleaciones necesarias para la acuñación de monedas y los trabajos de orfebrería. Es decir, es exposición y discusión de los conocimientos propios y ajenos, a fin de que mediante éstas se establezca su validez, se determine su condición como conocimiento.

Aquilatamiento, establecimiento de la genuina valía de un conocimiento que hace del ensayo, ya de por sí, una exposición de escepticismo y que le da sentido al lema de Montaigne: *¿Que sais-je?* Pero, además, tiene otra consecuencia de por lo menos igual importancia: la desacralización de la realidad cotidiana e inmediata. Todos los asuntos que componen esta realidad se tornan objeto de conocimiento y de discusión, esto es, de alguna forma ya no se consideran como simplemente reglamentados y determinados por las concepciones y las prédicas de la religión instituida. Todo lo referente a la naturaleza y a la condición humana le atrae, sin excepción, a Montaigne, la realidad en su conjunto se ha vuelto objeto de conocimiento, y eso quiere decir que la explicación sobreentendida que de ella daba la cosmovisión católica, ha dejado de funcionar.

Con respecto a todas estas condiciones del nuevo saber, es ilustrativo escuchar las afirmaciones del propio Montaigne sobre algunos de las circunstancias que antecedieron a uno de sus más extensos y prestigiosos ensayos: “Apología de Raimundo Sebond”:

Mi casa se halla desde hace mucho abierta a las gentes de saber, siendo conocida por ello, ya que mi padre, que la gobernó más de cincuenta años, animado por el ardor con que el rey Francisco abrazó y puso en crédito las Letras, imitó y buscó, con notable afán y gasto, el trato de los hombres doctos, recibéndolos cual a personas santas y poseedoras de alguna particular inspiración divina. Recogía sus sentencias y discursos como oráculos, y con tanta más religión y reverencia cuanto que él no podía

juzgar por no ser hombre letrado, como no lo habían sido sus predecesores. Por mi parte estimo a la gente docta, pero no la adoro. Pedro Bunel, muy reputado de sabio en su época, pasó algunos días en Montaigne con otros hombres de su estilo, y regaló a mi padre, al partir, un libro titulado: *Theologia naturalis, sive Liber creaturarum, magistri Raimondi de Sebonde*. Era la lengua española, así como la italiana, familiar a mi padre, y como aquel libro estaba escrito en un español sembrado de terminaciones latinas, esperaba Bunel que mi progenitor, con poca ayuda, sacaría provecho de la obra. Se la recomendó, en efecto, como una cosa utilísima y muy propia del tiempo en que se la dio, que fue cuando las novedades de Lutero empezaban a cobrar prestigio y quebrantar en muchos puntos nuestra antigua creencia. Sustentaba en esto aquel sabio muy acertada opinión, previendo, por discurso de razón, que tal principio de mal degeneraría en execrable ateísmo, ya que el vulgo no posee capacidad para juzgar los hechos por sí mismo y se deja llevar de la fortuna y de las apariencias. Y, por eso, cuando se le otorga facultad de criticar y menospreciar las cosas que ha tenido en extrema reverencia, ... basta que se pongan en duda y medida algunos artículos religiosos para que el vulgo una a semejante incertidumbre todo lo demás de su creencia, que para la gente vulgar no goza ya de más autoridad que lo combatido.

[...] Y a partir de ese momento nada aprueba el vulgo si antes no interpone él mismo su decreto y si no presta su consenso particular. Algunos días antes de su muerte, mi padre encontró por casualidad aquel libro bajo un montón de papeles abandonados y me ordenó que lo tradujera al francés. Es agradable traducir autores como ese, donde todo es substancial, mas, en cambio, hácese peligroso transcribir los que tienen mucha gracia y belleza de lenguaje sobre todo si han de pasarse a una lengua más débil, como la francesa. Era la tal tarea extraña y nueva para mí, pero estando por fortuna desocupado entonces y no pudiendo negarme al mandato del mejor de los padres, salí del paso tan bien como pude, y en ello encontré placer singular. Luego mi progenitor ordenó imprimir el libro, lo que se hizo después de su muerte⁴.

Si a las ricas referencias sociales e históricas sobre el modo, las circunstancias y el momento en que el libro llegó a su casa, se le añaden las tareas de lectura, de traducción y, por ende, de estudio, y de edición, se tienen perfectamente claros los antecedentes del mencionado ensayo, en el cual se ordenan, aceptan, discuten y refutan los argumentos y planteamientos del poco conocido teólogo. Se dirige Montaigne directamente al lector y al hacer explícita su presencia, plantea el problema de la recepción de la obra y lo hace parte de la misma. No sólo ni especialmente a través de la carta al lector con que prologa los *Ensayos*, sino primordialmente con la permanente referencia al *yo* que escribe, sus criterios y experiencias, que como contrapartida implica una obligada apelación, una puesta en escena del *tu* que lee.

De esta manera, no hay pretensión alguna de imposición de criterios sino invitación a compartir reflexiones, continuidad de conversaciones cotidianas y coloquiales, para lo cual se busca deliberadamente que a pesar de la erudición y la reflexión subyacente, el lenguaje de la escritura se parezca a aquel en que se acostumbra a hablar. Conversación que es, a la vez, manifestación de su voluntad de no estabilizarse, de no inmovilizar sus conocimientos y de someterlos a otra dinámica, a una nueva forma de relatividad que procede de la divulgación, considerada como encuentro con otros criterios. Lo cual, por lo demás, involucra forzosamente la existencia de un respeto por el criterio ajeno.

4 MONTAIGNE, Michel. *Ensayos*. Segunda edición. Vol. II. Barcelona: Orbis S. A., 1985, p. 94-95.

La consideración de las características del ensayo permite visualizar su actualidad y su pertinencia como forma literaria. Está escrito en prosa, por oposición al verso elaborado y, por tanto, de restringido acceso; en lenguas vernáculas, que son las de la comunicación popular, concreta y cotidiana, por oposición al latín culto e institucional. Escritos cortos, eruditos y de carácter personal por oposición al extenso y acrítico tratado, basado en las doctas autoridades y en los dogmas establecidos casi hasta el extremo de la simple transcripción. Está referido a los asuntos concernientes a la realidad inmediata y mundana, por oposición a los universales, metafísicos y absolutos temas de los tratados doctrinales: Dios, la naturaleza del alma, la inmortalidad, etc. Con carácter de conversación coloquial que admite tanto la relatividad de la opinión expuesta, aún a pesar del estudio en que esté basada, como la posibilidad de validez de toda otra opinión; por oposición a la condición que posee el tratado, de exposición y fundamentación de los dogmas y de la doctrina. Condición de masiva divulgación, viabilizada por la imprenta, por oposición al carácter doctoral y, por ello, elitista del tratado.

Con este prolongado tratamiento de las características del ensayo en Montaigne, se espera haber evidenciado cómo estas corresponden a las condiciones históricas y sociales que el conocimiento comenzaba a adquirir en los inicios de la modernidad.

Apenas una década más tarde, Francis Bacon transplantaba la nueva forma literaria a suelo inglés, al publicar en 1597 la primera versión de sus *Ensayos*, los cuales eran sólo 10 y estaban acompañados de otras dos obras: *Meditaciones sacras* y *De los colores del bien y del mal*⁵. Volverá a publicar los *Ensayos* quince años después, en 1612, aumentándolos a 38 y, por tercera y última vez, en 1625, siendo para entonces 59 *Ensayos y consejos sobre moral y política*.

La producción ensayística de Bacon se caracteriza por su concisión, por su brevedad; bastaría anotar que tan sólo unos cuatro o cinco de ellos supera las cuatro páginas y que un gran número sólo tienen dos. Pero no es sólo su extensión, es lo sentencioso, lo lacónico del lenguaje. Bacon está lejos del patrón de ensayos de Montaigne. El lenguaje en que se expresa está conformado por aforismos precisos que abordan directamente el tema, sin digresiones ni alusiones a procesos reflexivos o a descripciones de situaciones o experiencias, aun cuando los hechos sean invocados como pruebas y como ejemplos. No hay la exposición permanente del yo, y aunque su redacción ocupó casi tres décadas, no hay notorias diferencias en la escritura ni en la manera de tratar los temas. Estos *Ensayos* constituyen apenas una parte de su producción escritural y tienen muy poca continuidad con el resto de sus obras, en especial con aquellas que representan el núcleo principal de su pensamiento, cuyo problema central es la necesidad de consolidar una nueva forma del saber que responda a las necesidades de poder y dominio planteadas por el nuevo orden

⁵ Se sabe que Bacon conoció la obra de Montaigne en francés, mucho antes de que ésta fuera traducida al inglés por John Florio en 1603.

económico y social. Quizá la continuidad más clara entre estas dos producciones se encuentre, de una parte, en el lenguaje aforístico y, de otra, en su apelación a hechos y resultados como criterio decisorio. No está de más recordar que los distintos problemas del conocimiento, referidos con ocasión de Montaigne, fueron tratados por Bacon en su filosofía. También, es indispensable recordar que en 1637, René Descartes publica su famoso *Discurso del Método*, el cual no pretendía ser más que una somera explicación del “método” seguido por el autor para la generación de conocimiento y cuyos resultados – que conformaban la parte verdaderamente importante de la publicación– eran: la geometría analítica, los meteoros y la dióptrica. A estos resultados Descartes los consideraba como “ensayos” de su método. También es necesario recordar que en sus ensayos la argumentación demostrativa constituye su estilo, y la parte correspondiente a lo personal e interpretativo es desarrollada exclusivamente en el *Discurso* que los introducía.

Como Montaigne y como Bacon, Descartes maneja con la misma facilidad tanto el latín como su lengua vernácula y en el uso que hace de ellas para la edición de sus obras se manifiesta su concepción de la relación con los lectores. El *Discurso* está escrito en francés, mantiene una permanente referencia al proceso y a las convicciones de Descartes y un dirigirse de él a sus lectores para hacerles advertencias y aclaraciones, y sobre todo para pedirles que no lleven a cabo muchas de las cosas que él hizo. En cambio su posterior obra, las *Meditaciones Metafísicas* (1642), fue escrita en latín y dirigida primordialmente a las distintas autoridades intelectuales. Fue multiplicada y divulgada por el sacerdote jesuita Marín Mersene, quien se encargó de hacerla llegar a algunos de los más prestigiosos sabios del momento y, además, de devolver a Descartes las objeciones que estos le hicieron. Consecuentemente, su publicación definitiva incluye estas objeciones y las respuestas que les dio Descartes. Esto permite diferenciar dos formas de divulgar y con ello poner en discusión un conocimiento, permitiendo así el reconocimiento de la particular situación del especialista y de su diferencia con el tipo de saber de que es usuario el común de la gente.

Con estos tres autores se consolidó la forma *ensayo* y, en especial, la condición escéptica que le dio su origen moderno, y las implicaciones que tiene la consideración del conocimiento humano como relativo y fragmentario: la necesidad de una explícita clarificación de sus fundamentos y procedimientos, y su concepción como instrumento que ha de aplicarse a la experiencia humana y no a las realidades que están más allá de esta⁶.

Conclusión

Se evidencia, así, que condiciones como el escepticismo, la discusión y clarificación metodológica, el carácter polémico, el desconocimiento del principio de autoridad, entre

6 POPKIN, Richard. La historia del Escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza. México: Editorial F. C. E., primera edición, 1983.

otros, son para la Modernidad algo más que lemas vacíos con los cuales adornar el discurso de los intelectuales. Son condiciones de la posibilidad misma del conocimiento y de su divulgación por cuanto determinan la posibilidad de la secularización de la realidad y el reconocimiento de la dignidad humana, y que estos factores se materializan como características del ensayo. Ser reiterativo con estos tan manoseados principios de la conciencia moderna y tratar de señalar su necesidad histórica, resulta indispensable para una sociedad como la colombiana y para la posibilidad en ella de una genuina actividad académica, pues aquí, como lo señala en muchas ocasiones el profesor Gutiérrez Girardot, la no sumisión y la simple pregunta –fundamento de todo pensar– son consideradas como subversivas. Mientras todo lo distinto al comando y a la ciega y servil obediencia sea considerado como subversivo, no serán posibles ni la ciencia, ni su divulgación, ni la discusión que de ella se deriva; instrumentos, todos estos, indispensables en la superación de la simulación, del dogma y de la frivolidad, que a su vez, son factores constitutivos de la permanente descomposición de lo social en que vivimos.

Es esta una de las razones por la cual el ensayo resulta ser la forma predilecta de los intelectuales hispanoamericanos que desde el siglo XIX asumieron la tarea de construir una tradición de pensamiento propio como factor indispensable para poder responder al reto histórico de una vida social independiente. El ensayo responde así a la condición social de un intelectual para el cual las formas de vida colonial han devenido irracionales.

Recibido 30/12/07. Aprobado 05/02/08